

LA LIBERTAD, LA AUTORIDAD Y EL PODER EN EL PENSAMIENTO FILOSÓFICO DE JOSÉ ORTEGA Y GASSET*

Víctor M. Pérez Varela **

La filosofía no consiste en elucubraciones frías, alejadas de la realidad. Al menos ésta no es la concepción de Ortega y Gasset, el filósofo que une el yo a las circunstancias. Más aún el filósofo madrileño quizá anticipe la concepción del “misterio” de Gabriel Marcel, por la que el filósofo se involucra en su propia reflexión, o también de algún modo preceda a la “autoapropiación” de Bernard Lonergan.

“La filosofía es retirada, anábasis, –quizá aquí Ortega debería haber dicho ascenso– arreglo de cuentas de uno consigo mismo, es la pavorosa desnudez de sí mismo ante sí mismo”. En pocas palabras, el autoexamen y la autocrítica son parte esencial del quehacer filosófico. Ahora bien, quizá la más importante cualidad del libro que reseñamos sea la de cuestionar al lector, sobre su propia vida y sobre las peculiares circunstancias de su vida.

José Ortega y Gasset fue alumno de los jesuitas, y aunque posteriormente perdió la fe protestó enérgicamente, en tiempo de la República, contra la expulsión de sus antiguos maestros; él catalogó esta medida como un arcaico y torpe anticlericalismo. Y como nobleza obliga años después, González Caminero, Sánchez Villaseñor e Iriarte, entre otros ilustres jesuitas, le dedicaron magníficos estudios.

El libro que hoy nos ocupa trata de tres temas fundamentales en la filosofía, en la Teoría del derecho y en la Teoría política: la libertad, la autoridad y el poder. La selección de estos tres temas es un acierto del autor de estos ensayos, que como él observa no son temas aislados sino que surgen de una antropología humanista, ya que de la adecuada concepción del hombre brota la valoración en torno a la libertad, la autoridad y el poder.

Aunque la afirmación de un semanario humorístico español de que Ortega y Gasset fue “el filósofo primero de España quinto de Alemania” sea discutible, no cabe duda de que el fundador de la *Revista de Occidente* ha brillado en el cielo filosófico español como estrella de primera magnitud, y que su luz ha llegado no sólo a Alemania sino a

* Arriola, Juan Federico, Ed. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Jurídicas, México, 2003.

** Profesor de Deontología Jurídica de la Universidad Iberoamericana.

varios países del continente europeo y de Hispanoamérica. Precisamente en Alemania, como el Padre Kino en México, Ortega y Gasset llegó a ser una marca de vino, lo que motivo que alguien haya dicho que Ortega “también se bebe”.

El autor de estos ensayos señala en la introducción que su admiración por la vida y obra de Ortega y Gasset no le impide asumir una actitud crítica, y tomar cierta distancia de algunas tesis de su maestro. Así, Juan Federico Arriola asume la tarea que insinúa Octavio Paz en su elogio de Ortega: “no se trata de repetirlo, sino de continuarlo y rectificarlo”, ya que —añadiríamos—, nosotros somos diferentes y nuestras “circunstancias” son diferentes.

Como acabamos de señalar, el vínculo de la temática del libro lo constituye la antropología, estudio del hombre impregnado de un humanismo, que superando el humanismo clásico greco-latino enfatiza el aspecto social e histórico del ser humano. En esta visión del hombre también se alude frecuentemente a la ética, y de ahí a la realización humana, al empeño por convertir al hombre en una obra de arte.

Precisamente subrayando el aspecto histórico Ortega afirma que el hombre es in-substancial. Con esto se pretende evadir el aspecto cosificante de una naturaleza fija e inmutable. Este dinamismo del hombre y de la historia como lo subraya muy bien Juan Federico Arriola resplandece sobre todo en su libertad: “de suerte que es libre el hombre... a la fuerza. No es libre de ser libre”. Esta expresión de Ortega es corregida por Juan Federico cuando aduce la cita de Ignace Lepp: “el hombre no está condenado a ser libre, pero si está llamado a llegar a serlo; su libertad es una conquista sobre la naturaleza; es la libertad misma la que realiza su libertad”.

Este ir haciéndose del hombre lleva a comentar a Juan Federico que no hay hombres hechos, y añadiríamos, el hombre nunca está acabado, aquel que piense que está acabado, está acabado, no sirve para nada. En este contexto es en el que surge el estudio de la obra más célebre de Ortega y Gasset, *La rebelión de las masas*: el hombre-persona se puede degradar en el hombre-masa. Recordemos que los cuatro dictadores que en ese tiempo dominaron la escena política europea, nos muestran cuán adecuado fue este estudio. Acertadamente señala nuestro autor que la demagogia es uno de los factores más importantes de la masificación. Ella es una forma de degeneración intelectual que despersonaliza y masifica al pueblo. Ortega incluso llega a insinuar que este fenómeno no es ajeno a los intelectuales de la Revolución francesa. No se dieron cuenta comenta Ortega “que la palabra es un sacramento de muy delicada administración”. Anticipándose a Toynbee en sus *Estudios de la historia* Ortega analiza los vicios de las masas y cómo sólo pueden ser regeneradas por las minorías creativas. La masa arrastra una vida social sin moral y tiene la audacia de afirmar el derecho de la vulgaridad y lo impone en todas partes. Las masas son el soporte de las dictaduras y un factor de la estabilidad política de éstas. Las democracias no son inmunes al fenómeno de la masificación, ellas son capaces de lo mejor y de lo peor, dependiendo de quien las conduzca. *La rebelión de las masas* es una importante aportación a la filosofía social, y se me ocurre que podría hacerse una interesante comparación con el libro de Orwell, *La rebelión en la granja*.

La circunstancia es el entorno social en la que el hombre juega el papel de espectador, aunque también hay que reconocer que se le anima a jugar el papel de actor. Como Jaspers con sus situaciones límite, el hombre vive su historia y sus circunstancias sin poderlas evadir. Así mismo, como Platón en la *paideia* griega Ortega está profundamente preocupado por la educación y por la pedagogía social. De otro modo los hombres despersonalizados y sin identidad vivirán en la indolencia y en la inercia, exigiendo todos sus derechos y dejando en el olvido todos sus deberes. En suma en *La rebelión de las masas* señala Ortega que cuando una sociedad está dominada por ellas, lo irracional puede integrarse en la estructura social y abrirse paso en la vida política. Éstas y otras reflexiones que por la brevedad del espacio no podemos enunciar, serían una magnífica aportación del filósofo madrileño para la situación histórica del México actual.

El capítulo segundo lo dedica Arriola a la reflexión filosófica sobre la libertad que ya había tocado someramente en el capítulo primero. Yendo al origen de la palabra elegir en latín *eligere* Ortega hace un malabarismo etimológico sobre dos palabras que según él se derivan de elegir: elegante e inteligencia. Las etimologías greco-latinas suelen ser un campo minado, por eso nuestro comentario se reduce al dicho italiano: “*se non é vero é ben trovato*”. Don José distingue la libertad de los extremos del libertinaje y del autoritarismo. Esto ilumina no sólo la ética individual, sino la filosofía social. Así, subraya en su *Estudios sobre el amor*, que el amor por su misma esencia es elección. Pero cuando el maestro Ortega y Gasset se aproxima al fatalismo de la libertad de Jean Paul Sartre nuestro autor toma distancia y arguye que no estamos condenados a ser libres, sino somos libres de ser libres, en el sentido de que –precisamos nosotros– somos libres para ser libres, no libres para ser esclavos.

En el capítulo tercero, quizá el más denso del libro, el autor lo dedica a analizar los conceptos de autoridad y poder, y con ello el abuso de poder y el exceso de autoridad. En este capítulo, sin duda, el autor elabora un interesante marco teórico a su libro anterior, *La teoría de la dictadura*. Se analizan la vida de Ortega en las etapas históricas en que padeció el abuso de poder de la República y el autoritarismo de la dictadura de Franco. En este punto quizá le faltó a Ortega recurrir a la etimología de la autoridad, que en latín *autoritas* viene del verbo *augere* que significa aumentar, hacer crecer. En todo caso el autor subraya que el ejercicio de la autoridad está comprometido con la justicia y con la libertad. En pocas palabras, es de suma importancia la dimensión ética de la política. Sólo un gobierno que tenga auténtica autoridad puede ser liberal y al mismo tiempo darse el lujo de tener autoridad. Ahora bien, ante la disyuntiva anarquía o dictadura: libertad sin orden y orden sin libertad se pregunta Juan Federico Arriola si puede haber verdadero orden si no hay libertad, e igualmente se cuestiona sobre qué clase de libertad podría existir sin orden. En un orden sin libertad, más que orden habría rigor o fuerza, y como comenta Ortega “con sólo la fuerza no se ha hecho nunca cosa que merezca la pena”.

En el último apartado, Ortega relaciona una Teoría general del Estado con el poder público, y con una metáfora muy brillante concibe al Estado como la piel que integra y limita los órganos vitales de un ser vivo. Lo dramático surge cuando un “líder” o la masa dicen “el Estado soy yo”.

En este punto hace también Juan Federico un apunte crítico: Don José estudia la autoridad como causa eficiente del Estado, pero no desarrolla el bien público temporal como causa final del Estado.

No es pequeño mérito de la obra que comentamos el haber logrado una muy buena síntesis de tres temas claves: libertad, autoridad y poder, en un autor no sólo asistemático, sino que presenta su producción de modo muy disperso en artículos, ensayos, conferencia y libros.